

POSICIONES DE PRINCIPIO EN LA HISTORIA POLITICA DOMINICANA

Por el Lic. Pedro Troncoso Sánchez (ADH)

LA PROCLAMACION de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844 fue la culminación de un esfuerzo de los Trinitarios para tomar la delantera a la facción que tramaba con los cónsules de Francia en Port-au-Prince y en Santo Domingo la separación del país respecto del poder haitiano con la protección contractual de la nación francesa. Los Trinitarios se anticiparon audazmente en la carrera que paralelamente emprendían ambos grupos, luchando entre sí, con los dos objetivos diferentes: ellos, la independencia pura, y el otro grupo rival (los afrancesados), la independencia mediatizada.

No puede decirse sin embargo que la independencia dominicana fue un parto prematuro. En todo caso se trató de un parto apresurado.

El motivo de la polémica en medio de la cual cobró vida la República Dominicana fue la diferente solución que uno y otro grupo proyectaban para el grave problema de hacer viable y dar consistencia y perdurabilidad a la nueva nación, dada la permanente amenaza que seguiría siendo Haití, que desde veintidós años atrás dominaba el territorio dominicano y que continuaría empleando todo recurso al servicio de la idea de indivisibilidad política de la isla con que nació a la vida independiente en 1804.

Hubo pues en Santo Domingo un fuerte motivo contro-



versial que determinó desde el principio la formación de un sector conservador frente a un sector a justo título calificado de liberal. El primero encabezado por Pedro Santana, Tomás Bobadilla y Buenaventura Báez, y el otro dirigido por Juan Pablo Duarte y los Trinitarios. Los primeros no tenían la fe en la viabilidad de la República sin la protección de una gran potencia. Los otros sostenían a ultranza la independencia absoluta.

Varián mucho de un país a otro, las motivaciones que, según las circunstancias locales, determinan la formación de los diversos sectores políticos, que suelen llevar los nombres convencionales predominantes en la época, como por ejemplo “liberal” y “conservador” en el pasado. El caso más curioso de estas variantes es el de la pequeña república de San Marino. Allí encontré hace pocos años que la agrupación política que ostentaba el nombre de “comunista” se limitaba a ser la que propugnaba el establecimiento de un casino como fuente principal de Ingresos del Estado; y que la denominada “Democracia Cristiana” era el partido contrario a la apertura del casino. Cuando sucesivamente triunfaron uno y otro grupo en las elecciones, la única diferencia advertida entre ambos regímenes fue que el uno sostuvo el casino y el otro lo clausuró.

En Santo Domingo la división política con que nació la república no fue una división artificial basada en ideologías importadas, ajena a las peculiaridades locales, ni una división real basada en la adhesión a diferentes caudillos, sino una auténtica división de principio originada en un problema que interesaba a todos: el del mantenimiento de la independencia frente a la grave amenaza de quedar destruida por Haití. A la diferente posición ante este problema se unía una definida tendencia dictatorial en el sector conservador y una manifiesta y probada convicción democrática y propiamente liberal en los liberales.

La pugna entre los dos grupos continuó después de consumada la independencia. Los conservadores, más duchos que los jóvenes trinitarios, actuaron hábilmente y en el curso del mes de mayo de 1844 lograron asegurar el control de la Junta Central Gubernativa. Esta junta fue el gobierno provisional colegiado designado en la primera hora para or-



ganizar la república naciente, dotarla de los medios necesarios a su seguridad y defensa, poner en marcha los servicios públicos y convocar a elecciones para una asamblea constituyente y dejar establecido un gobierno definitivo.

Tan pronto como los conservadores tuvieron en sus manos las riendas del gobierno, se dieron prisa en negociar con Francia el protectorado a cambio de cederle la bahía de Samaná, pero el 9 de junio siguiente, en plenas negociaciones, los Trinitarios dieron un golpe de fuerza y suplantaron a los proteccionistas en la junta gubernativa. Este golpe fue el corolario del 27 de febrero, el perfeccionamiento de su obra patriótica. Nunca debiera enfocarse como el primer golpe de Estado de la historia republicana, que parece poner a los Trinitarios a la altura de políticos vulgares.

Si no llevó a consumarse el protectorado francés se debió a que el gobierno de Francia no aprobó el llamado Plan Levasseur, y no a que hubiese una oposición del sector liberal. Este no existía ya como fuerza política, mas sí en el fuero íntimo de muchos dominicanos. Este difuso estado de conciencia, carente de instrumento de lucha, cobró cierta vida en la Asamblea Constituyente de San Cristóbal, que el 6 de noviembre de 1844 proclamó la primera Constitución de la República, pero la estructura liberal con que salió el nuevo Estado de las manos de la Asamblea quedó anulada al imponer el dictador Santana la inclusión de un último artículo a la ley substantiva otorgándole amplios poderes discrecionales al Presidente de la República mientras durara el estado de guerra con Haití.

Poco después, en julio, Santana se impuso con el ejército del Sur, que había ganado contra los haitianos la batalla de Azua, y encarceló a los Trinitarios. Las medidas de represión tomadas por Santana contra los defensores de la independencia pura fueron tan brutales que el sector político constituido por ellos quedó aniquilado. Duarte y sus compañeros fueron condenados al destierro, y Santana y Bobadilla quedaron dueños del campo.

Sin duda se justificaba un reforzamiento de la autoridad del gobierno en una república acabada de crear y bajo un estado de guerra en condiciones de enorme desventaja del enemigo, pero Santana aprovechó sus omnímodas faculta-



des constitucionales para ejercer despóticamente el gobierno, dando sueltas a su temperamento autoritario, aun en cosas que nada tenían que ver con la guerra. Después, en 1854, hizo dictar una nueva Constitución de tipo dictatorial en todo su contexto para sustituir la Constitución liberal de 1844.

Mi opinión es que si desde el nacimiento de la República se hubiera mantenido la fuerza política liberal de los Trinitarios frente a la otra fuerza política conservadora, el pueblo dominicano, probablemente, hubiera evolucionado de mejor manera en el aspecto político y, consiguientemente, en todos sus aspectos en general. El habitual enfrentamiento entre dos o más modos de concebir el Estado y el gobierno hubiera sido un factor educativo que posiblemente nos hubiera librado de caer en el crudo caudillismo en que se vivió desde mediados de 1844.

POSICIONES DE PRINCIPIO EN LA POLITICA DOMINICANA

Se produjo una escisión en 1853, pero los dos partidos en que quedó dividido el panorama político, el santanista y el baecista, fueron los dos igualmente conservadores, dictatorialistas y proteccionistas, lo que hizo vincular el partidismo a sólo las personas de sus respectivos caudillos. Ideológicamente no lo separaba nada. El pueblo dominicano se quedó sin saber lo que realmente era la política, el diálogo político, en un país civilizado. Estas condiciones de primitiva determinaron, pienso yo, que las pugnas partidarias fueran más toscas, más violentas y más frecuentes que si se hubiera usado de la inteligencia y de los conocimientos para sostener la disputa entre partidos de principios como fueron los que surgieron con la República en 1844.

En 1857, el gobierno de José Desiderio Valverde, nacido de una revolución contra Báez y enfrentado en seguida a Santana, representó una tercera fuerza de corte liberal y hubiera sido el punto de partida de una reconstrucción doctrinaria del panorama político, pero en un momento dado dejó de ser consecuente consigo mismo al llamar en su auxilio al último de los dos caudillos. Le faltó firmeza de convicción y de tradición para sostenerse invariable en su natu-



raleza y sentido. Aden as, el tr unfo del gobierno del Sur, de Santana, vuelto contra el gobierno del Cibao, de Valverde, fue anulado por causa del carácter regionalista que acaurrio la guerra, y no dejó subsistir para el futuro inmediato aquella fuerza respecto del burdo caciquismo.

El santanismo dominó con exclusividad hasta 1861, año en que la guerra de secesión de los Estados Unidos permitió que el gobierno español se atreviera a oír los reclamos de protección que desde hacía años le venían haciendo los gobernantes conservadores dominicanos. Pero al decidirse España a intervenir en Santo Domingo, alejado el temor a los poderosos sostenedores de la doctrina de Monroe, por estar empeñados en su guerra civil, no lo hizo para proteger a la República sino para deshacerla anexándose íntegramente el territorio dominicano.

La anexión de Santo Domingo a España, que se preparó en secreto y se consumó sorpresivamente sin un previo referéndun popular, dió lugar a que se volviera a formar un frente liberal independentista y democrático con los principales febreristas de 1844 y con hombres que habían figurado en el movimiento liberal de 1857. Este frente fue el que hizo en 1863 la guerra de Restauración contra los españoles y sus aliados conservadores dominicanos.

Después de terminada la contienda y de retirada las autoridades y tropas españolas en 1865, muerto ya Santana y desprestigiado el residuo del santanismo, quedó uno solo de los dos caudillos de la primera República, Buenaventura Báez, quien no obstante haber sido el rival de Santana desde 1853, se identificó con la causa de la anexión y durante la guerra estuvo en Madrid investido con el grado español de Mariscal de Campo, lo que confirma que eran cuñas del mismo palo.

Frente a él, la generación que hizo la guerra independentista quedó constituida en sector político liberal pero sin la debida cohesión y fuerza, por causa de las rivalidades internas. Luperón, Cabral, Espaillat, Monción, Rojas, Polanco, Pimentel, Bonó, Billini y Meriño eran sus figuras principales. De aquí que en el mismo año de 1865 pudo prevalecer contra el conservatismo baecista y poner a su caudillo en la presidencia de la República. El personalismo,



desgraciadamente, fue un aglutinante más poderoso que la posición de principio.

La pugna por el gobierno en este período posterior a la anexión se libró confusa, con sus muchas alternativas entre el bloque monolítico constituido por el partido llamado Rojo, personalista, dictatorialista y anexionista, dirigido por Báez, de una parte, y el partido de los liberales independentistas que habían hecho la Restauración, llamado Azul, de la otra. Pero la etapa en que las turbulencias intestinas cobraron más definido perfil de guerra entre principios opuestos y no entre simples caudillos militares fue el llamado “período de los seis años”, de 1867 a 1873, tiempo que duró la cuarta administración de Báez. Durante todo ese lapso los patriotas independentistas del partido azul, encabezados por un héroe de la independencia: Cabral, y por un héroe de la Restauración: Luperón, sostuvieron una guerra para impedir que el caudillo conservador llevara a efecto su acariciado proyecto de anexión a los Estados Unidos.

A la altura de noviembre de 1873 el prestigio de Báez se vino al suelo y un movimiento de unión nacional, formado por azules y rojos, lo echó de la presidencia enarbolando la bandera de la concordia, la libertad, la fraternidad y la paz. Fue un hecho nuevo en la historia de las convulsiones dominicanas porque no fue el triunfo de un caudillo sobre otro ni se persiguió a los caídos.

Consecuente con el espíritu del movimiento, el jefe del mismo, Ignacio María González, se condujo con altura en los primeros momentos como presidente provisional de la República, pero después incurrió en conducta retrógrada las tres veces que le tocó gobernar. El momento más definido y brillante de aquella etapa posterior a la caída de la dictadura fue el breve gobierno de Ulises Francisco Espaillat, un gobierno que desarrolló desde la raíz hasta sus últimas consecuencias una política liberal, nacionalista y democrática. Lo tumbó la impreparación del medio para este género de gobiernos.

Más tarde se rehizo el partido baecista, personalista y dictatorialista, y frente a él encontró al sector liberal y democrático de los azules. Todavía la presencia de Báez



era un fuerte incentivo para mantener en oposición a él los principios democráticos, pero cuando Báez desapareció definitivamente del ambiente político dominicano en 1878 el debate degeneró hacia meras pugnas por el poder entre grupos antagónicos del bando liberal. Hubo una serie de cortos gobiernos civiles presididos por personas ilustradas del partido azul pero por encima de éstas se empinaban como hombres fuertes del mismo partido, en creciente rivalidad, ponedores y quitadores de gobiernos, las figuras de Luperón y Heureaux.

Para entonces ningún político ni gobernante alguno sostuvo ya más el principio del protectorado o de la anexión a una gran potencia como medio de hacer viable la República o para conjurar el peligro haitiano. El patriotismo fue únicamente, en lo adelante, el patriotismo de la independencia, no el de la defensa del país y sus esencias con sacrificio de la autodeterminación. La vieja fe duartiana en que la República podía bastarse a sí misma para subsistir y desarrollarse ganó terreno, y en la misma medida creció la conciencia de nacionalidad.

Este cambio fue un cambio positivo, pero trajo consigo una desventaja. Desde 1878 quedó superado el principal motivo que podía dividir definitivamente el panorama político en sectores ideológicamente diversos, y quedó disminuida la posibilidad de un debate inteligente de los problemas públicos. De este modo se hizo más difícil, por falta de verdaderas motivaciones ideológicas vinculadas a las necesidades nacionales, mantener sobre base firme un partido conservador y un partido liberal que alejaran la plena entronización del funesto caudillismo personal, encumbrador de ignorantes y bárbaros. Carecíamos para ello de una tradición y de una base cultural.

Sin embargo, en 1886 la juventud que había pasado por la escuela experimentó cierto incentivo moral y apoyó a un candidato culto y honesto, Casimiro Nemesio de Moya, para oponerlo a otro que le repugnaba por cruel e inescrupuloso: Ulises Heureaux, apoyado por ignoros hombres de armas. De este modo se reconstituyó un frente de vanguardia liberal contra un amago de dictadura retrógrada. Como las elecciones las ganó Heureaux por medios fraudulentos,



Mcya y la juventud que lo rodeaba se sintieron autorizados a corregir en la manigua el triunfo del vicio Pero Heureaux ganó también la guerra como había ganado las elecciones, no solamente combatiendo abiertamente al enemigo sino principalmente con hábiles manejos de mano izquierda.

A partir de entonces lo que imperó en todo el ámbito dominicano fu: una tiranía, una tiranía que se mantuvo hasta 1899.

Las tiranías hacen tabla rasa del panorama político. Sustituyen el juego político con otra cosa que se le parece a veces, pero que es de distinta naturaleza. Lo que predomina durante una tiranía no son hechos y procesos políticos, como partidos, elecciones, congresos, prensa, opinión pública, sino simulaciones de todo ello. Poses inauténticas movidas por hilos invisibles en el tinglado de la comedia. Lo auténtico, lo verdadero, queda soterrado, se recluye en lo íntimo de las conciencias y en la interioridad de los hogares. Toda exteriorización de lo real queda violentamente suprimido y cubierto con un manto de apariencias.

Pero hay procesos que no puede evitar el tirano con todo su poder. Es el crecimiento de una nueva generación. Es el inextinguible anhelo de bien, de justicia y de libertad. Los valores espirituales siempre están presentes y exigen. Y exigen en razón directa de las fuerzas que se les oponen. Y esta exigencia se concretizó entonces en un exilio rebelde y activo y en una conspiración interna en que participaron madre e hijos.

En 1899, frente a los aparatos de represión que había ido perfeccionando Heureaux en trece años de tiranía, se levantó una juventud valiente y generosa y lo abatió. La onda de la revolución cubrió todo el país y fue fácil convocar a elecciones y establecer un gobierno constitucional antes de terminar el año, no obstante la bancarrota financiera que dejó como herencia el déspota. Fue tan impetuoso el movimiento popular, que el "lilisismo" en fuga no se dejó sentir en mucho tiempo.

Vino a resurgir en función de golpe reaccionario en marzo de 1900. En ese momento hubiera sido lógico que nuevamente se deslindaran los campos y que en el panorama político dominicano se enfrentaran una fuerza política juvenil



de carácter liberal y el sector trasnochado que sirvió de instrumento a Heureaux. Pero no fue así, porque en el campo liberal de los nuevos se había producido antes, en abril de 1902, una lamentable escisión provocada por las intrigas. Hubo entonces dos partidos que no podían ser sino personalistas puesto que salían del mismo sector. el jimenista y el horacista, encabezados respectivamente por Juan Isidro Jiménez y por Horacio Vásquez.

Al quedar vencida y en posición la facción jimenista en abril de 1902, los dispersos miembros del antiguo "lilismo" se sintieron animados y le ofrecieron su alianza al jimenismo caído desnaturalizándolo. Por esta razón el golpe reaccionario de los viejos colaboradores de Heureaux en marzo de 1903 fue al mismo tiempo un desquite jimenista contra el horacismo. A esta circunstancia se agregó el hecho de que las filas del liberalismo horacista quedaron también contaminadas con la adición de otros "lilistas".

El conflicto de marzo de 1903 no fue pues un nuevo encuentro del liberalismo y el conservatismo, sino de dos facciones indefinidas, sin lineamientos doctrinales. Sólo personalismos, sólo intereses, sólo pasiones, sólo prejuicios, sólo literatura sin substancia, sólo revolucionismo criollo. Así se desarrolló la vida dominicana hasta tres años después.

Desde 1906, resuelto el difícil problema financiero creado durante la tiranía de Heureaux y agravado en el turbulento período que siguió a la caída del tirano, se inició lo que en otro lugar he llamado un momento ascensional de la República, bajo la presidencia de Ramón Cáceres y con el concurso eminente de Federico Velázquez. Durante este período de nuestra historia republicana se insinuó nuevamente la división racional, esta vez entre el grupo gobernante, de una parte, con una política liberal caracterizada por la organización administrativa, las obras públicas, la educación popular, la independencia de los poderes y el respeto de las instituciones, y de la otra parte una circunstancial coalición entre inconformes hombres de armas de viejo cuño prontos siempre a la rebeldía, acostumbrados a ejercer caciquismos locales y hechos a las complacencias del ministerio de hacienda. Esta etapa de progreso, en que la honestidad y el carácter lucharon contra el rezago de antiguas



prácticas viciosas, terminó bruscamente en 1911 con el asesinato del presidente.

Como consecuencia de este crimen, entre 1911 y 1916 reinó el caos y la desesperanza. No hubo confrontaciones verdaderamente ideológicas. Los opuestos manifiestos partidistas no pasaban de ser bellos documentos redactados por talentosos secretarios que esencialmente no diferían. En la realidad político-social sólo había banderías personalistas y convulsionismo empedernido. La actuación de los cabecillas sólo dependía de la buena o mala índole de ellos o de sus consejeros.

En honor a la verdad, haremos un paréntesis para decir que en los más altos niveles de la política dominicana estuvieron siempre en mayoría de hombres honestos y bondadosos. Muy pocos del tipo delincuente como antes Cesáreo Guillermo y Ulises Heureaux y posteriormente Trujillo. Luperón, Meriño, Espaillat, Woss y Gil, Billini y González, del siglo pasado, fueron honestos. También lo fueron Santana y Báez, a pesar de su impiedad y ambición. Del comienzo del siglo XX hasta la ocupación militar extranjera, fueron honorables las figuras principales, es decir, Juan Isidro Jiménez, Horacio Vásquez, Ramón Cáceres, Carlos F. Morales, Federico Velázquez, Eladio Victoria, Adolfo A. Nouel, José Bordas Valdez, Ramón Báez y Francisco Henríquez y Carvajal.

Durante el período de desocupación de 1922 a 1924, pudo haberse formado una nueva fuerza política, una especie de liberalismo ilustrado o de vanguardia, en torno a un nuevo hombre en política magníficamente dotado: el licenciado Francisco J. Peynado, y otra de liberalismo histórico con Horacio Vásquez como candidato, que pudo haber representado una sana posición conservadora, pero desgraciadamente la situación degeneró en una contienda electoral de dos partidos de tradición personalista: de una parte el horacista y de la otra el jimenista. En efecto, este último se abrazó accidentalmente a la figura de Peynado, a falta de su antiguo líder, que había muerto en 1919, en un instintivo movimiento faccionario impulsado por pasiones y prejuicios que tenían su raíz en el pasado.

El voto popular favoreció al viejo caudillo en lugar del brillante abogado y civilista, pero es forzoso aceptar que Ho-



racio Vásquez, en sus seis años de gobierno, fue consecuente con los principios liberales de la revolución que él encabezó en 1899 contra la tiranía de Heureaux, y con su título propagandístico de “paladín de las libertades públicas”.

Sólo flaqueó en el aspecto del continuismo, que fue el asidero aprovechado por Trujillo para traicionarlo y hacerlo derrocar en 1930 e implantar su régimen tiránico.

En los siguientes treinta y un años, que coincidieron con la época en que en todo el mundo se generalizó la lucha entre el capital y el trabajo, la astucia, la audacia, la incansable diligencia y los métodos de terror de Trujillo, sustituyendo toda manifestación política verdadera por un aparato propagandístico y por una organización feudal de la sociedad, sometió a muchos hombres capacitados al servicio del país y vinculó a éste internacionalmente para presentar en apariencia ante el mundo una nación en marcha que aceptaba la exigencia de protección del Estado a la clase trabajadora. Su megalomanía y la clara visión que indudablemente tenía de los problemas nacionales le llevaron a realizaciones útiles como el arreglo de la cuestión fronteriza, la legislación laboral, el pago de las deudas externa e interna, el régimen bancario y monetaria y muchas obras materiales, pero estos mismos logros sufrieron su propia acción negativa en la medida en que después le molestaron. La esquizofrenia creciente que manifestó en sus últimos años amenazó con destruirlo todo y condujo al país a la bancarrota económica y moral y a un intenso estado de desesperación colectiva.

Esta situación fue la causa de que, rebasada la etapa de la tiranía, cuando desapareció el temor y hubo libertad para el debate político, el pueblo dominicano se mostrara hondamente perturbado y no diera señales de aptitud para entender y aplicar los postulados de la democracia.

A mi juicio, esta crisis de general desorientación, que tuvo su culminación sangrienta en 1965, está ahora presentando síntomas de ir declinando de manera clara y decisiva, y va dejando definido un panorama político con sus parcelas naturales de derecha y de izquierda, correspondientes a las antiguas conservadora y liberal. fuertemente basadas en la estructura social y en las respectivas posiciones ideológicas



En la República Dominicana no se había formado desde 1844 un panorama político tan hondamente dividido en el sentido doctrinario, y esto lo considero una buena señal. No creo que a nadie le extrañe después de haber meditado. Ahora no se puede ser líder político sin poseer inteligencia extraordinaria y sin estar al día en conocimientos político-económicos. Pienso que la época de los líderes ignorantes y semi-civilizados puede que haya pasado ya. Dependiendo, las diversas posiciones, de la sustentación de ideologías más que de la adhesión a determinadas personas, en Santo Domingo no ha podido darse desde 1961 el fenómeno del caudillismo, aunque no ha faltado quien haya sostenido lo contrario en el calor de la disputa. No se ha producido ese fenómeno, como se produjo en 1844 por causa de la desaparición de la fuerza política de los Trinitarios; como se produjo después de la crisis de la Anexión debido a la supervivencia de Báez y a las disensiones internas, y como se produjo después de 1899 por la escisión del partido liberal.

Creo que respondería a la más saludable finalidad patriótica procurar que la actual división del panorama político no desaparezca para que pueda seguir habiendo un diálogo político en nivel doctrinario que obligue a ejercitar la inteligencia y a estudiar, pensar y adquirir y asimilar conocimientos. Ello evitaría el resurgimiento del crudo caudillismo; el encumbramiento de los más valientes, audaces y ambiciosos, aun sin luces. Sería un constante factor de educación social y de cultura no solamente en la dimensión intelectual sino también en el sentido moral. Sería el más fuerte estímulo a la alfabetización de las masas y a mantener el hábito de la lectura. Las inquietudes políticas irían teniendo otra naturaleza. No tendrían ni la frecuencia, ni la virulencia, ni la tosquedad, ni la vulgaridad que caracterizan las luchas entre facciones caudillescas.

Otra consecuencia importante de la actual división ideológica, la más importantes a mi juicio para el futuro, sería que ella provocaría, por ley natural, la formación de una fuerza política de centro, la fuerza de la ecuanimidad, la serenidad y el equilibrio, que ahora apenas existe, y que pudiera ser en el tiempo por venir la más poderosa. Ella tendría entre sus fines más valiosos mantener el debido



control de los excesos de la derecha y de la izquierda.

Estamos en tiempo de no repetir el error que cometió Pedro Santana en 1844 y de respetar la evolución sociopolítica que se ha iniciado. Sería lo que más convendría a la comunidad dominicana para alcanzar su madurez.

